

Comprender, apoyar y vivir la familia

El próximo domingo, cinco de octubre, dará comienzo el Sínodo de los Obispos sobre la familia. En esta ocasión se trata de una asamblea sinodal organizada en dos sesiones, una extraordinaria que comienza ahora y una ordinaria que tendrá lugar en 2015. Se abordarán en él «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización». Como contribución al mismo, *Razón y Fe* ha preparado un número monográfico sobre la familia, que los lectores tienen ahora en sus manos. Lo hacemos desde la óptica específica de nuestra revista, que no es directamente pastoral o teológica, sino que se sitúa en el campo del diálogo entre la fe y las culturas. Ofrecemos, pues, una serie de artículos que, desde diversas disciplinas, proporcionan un marco en el que situar la reflexión pastoral. Todo ello precedido de este comentario editorial que, al mismo tiempo, desgana el itinerario seguido en el monográfico y proporciona algunas claves valorativas, apoyado en el *Instrumentum Laboris* del propio sínodo.

Comprender la familia

Hablar de la familia en estos tiempos entraña cierta dificultad porque se corre el riesgo de repetir obviedades o remitirse a lugares comunes, cuando no de quedar atrapados en la ideologización que parte de y lleva a planteamientos interesados. El hecho es que la familia es una realidad compleja y cambiante. No se trata sólo de que la sociedad del siglo XXI (globalización, postmodernidad, individualismo, hiperconexión informática,

relaciones «líquidas»...) esté modificando la realidad familiar; es que, de hecho, la familia ha sido siempre una realidad cambiante. Mal haríamos en interpretar la familia desde un supuesto modelo ideal que, quizá, nunca haya existido o ha constituido una realidad minoritaria. Debemos empezar, por tanto, intentando comprender la realidad familiar desde una mirada sosegada y desapasionada.

Resulta llamativo que el propio *Instrumentum Laboris*, en sus números 20-30, señale con claridad las dificultades acerca de la noción natural de la familia. A veces, se entiende que lo natural es simplemente lo espontáneo, lo emotivo, lo que se siente; o se considera más natural que las relaciones tengan una duración determinada a que pretendan ser indisolubles; según los contextos culturales, natural puede ser la poligamia, el repudio de una mujer estéril, el matrimonio entre adolescentes o, incluso, el incesto; en otros ámbitos, se vive como totalmente normal y natural la existencia de familias reconstituidas o monoparentales y, de modo creciente, la unión entre personas de la misma orientación sexual. Quizá lo que indique todo esto es que, naturalmente, forma parte de la realidad familiar su complejidad y su pluralidad. El modelo de la familia nuclear cerrada es, sencillamente, una excepción en la historia de la humanidad.

Nada de ello impide considerar, como recuerda el papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, que la familia es «la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos» (EG, 66). Por su parte, el *Instrumentum Laboris* define a la familia como escuela amor, de comunión, de relaciones, de humanidad (IL, 38). Por tanto, es claro que, como indica el Papa, “el aporte indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja” (EG, 66). Hablar de familia, sin duda, es hablar de socialización y de solidaridad.

Pero mal haríamos con acercarnos a esta compleja y cambiante realidad desde las preconcepciones que, quizá, se parecen más a lo que existe en nuestra cabeza que a lo que existe en la vida. Para ello necesitamos comprender bien la familia, incorporando

las aportaciones de las distintas ciencias sociales. La primera sección de nuestro número monográfico quiere contribuir a ello, con voces desde la sociología, la psicología, la ética, la política, la economía y los estudios del Nuevo Testamento.

Apoyar la familia

Con la mayor claridad y firmeza posible, defendemos que hay que apoyar a la familia. Muchos de los cambios en la sociedad actual inciden en la familia y pueden debilitarla, deteriorando así la cohesión social. Nada de lo que hemos indicado en el apartado anterior acerca de comprender los cambios en la realidad familiar debe interpretarse en el sentido de minimizar, cuestionar o debilitar el rol de la familia en la sociedad, ni en el sentido de relativizar esta institución básica. Por ello, apostamos por medidas de apoyo a la familia. Y, al mismo tiempo, advertimos que no es suficiente la etiqueta de políticas familiares; hay que combinar políticas generales y acciones específicas; debemos huir de la ideologización de lo familiar en el terreno político. Varios de los artículos de este monográfico detallan este punto con más precisión.

El *Instrumentum Laboris*, al hablar de las presiones externas a la familia, indica en primer lugar cuestiones relacionadas con la actividad laboral (ritmos de trabajo extenuantes, horarios demasiado largos que incluso afectan al domingo, precariedad laboral, desempleo creciente o desplazamientos prolongados, entre otras) y reclama «apoyo concreto para un empleo digno, para salarios justos, para una política fiscal a favor de la familia» (IL, 71). Junto a ello, menciona el impacto de la migración en el tejido familia y reclama políticas que favorezcan la reagrupación familiar; denuncia que la pobreza y la lucha por la subsistencia «ponen a prueba la vida familiar» (IL, 73); y destaca la presión cultural que ejerce el consumismo sobre la calidad de las relaciones familiares. No siempre se habla de estas cuestiones, tan nucleares, cuando se reclama apoyo a la familia.

Si nos fijamos ahora en las tensiones internas de la vida familiar, el documento de trabajo para el Sínodo subraya las dificultades

de comunicación y de relación equilibrada; la fragmentación y disgregación del núcleo de convivencia, muchas veces de la mano del divorcio y la separación de la pareja; los distintos tipos de violencia intrafamiliar, sobre todo dirigidos contra las mujeres y los menores; el drama del comercio y explotación de niños; la realidad de las dependencias, toxicomanías, ludopatías y pornografía; y el desafío tecnológico y relacional que supone la sobrecarga informativa (*IL*, 64-69).

Con este panorama, también es evidente que el apoyo a la familia debe incluir una serie de medidas diferenciadas y complementarias, que vayan más allá de los tópicos o de los eslóganes huecos. En esta revista se presentan algunas de estas propuestas, desde el ámbito cultural, jurídico, de las políticas sociales o de la teología moral. No es razonable esperar que la acción política resuelva todos los problemas familiares, ni tampoco resulta sensato dejar solas a las familias en su esfuerzo por salir adelante de manera creativa y vigorosa. Hay que favorecer un marco normativo y un contexto cultural que permita a las familias poner en juego todos sus recursos internos, de modo que puedan superar con éxito los desafíos que tiene planteados. La principal ayuda de los poderes públicos sería ofrecer un ámbito en el que las familias puedan ayudarse a sí mismas.

Vivir la familia

En este tercer apartado, recordamos uno de los cuatro principios que el papa Francisco propone para orientar «el desarrollo de la convivencia social y la construcción de un pueblo donde las diferencias se armonicen en un proyecto común» (*Evangelii Gaudium*, n. 221). Subraya el Papa en su exhortación apostólica que «la realidad más importante que la idea» (*EG*, 231-233). En este contexto familiar, este principio pide tomar en consideración la realidad y el deseo. Muchas veces, la concreta realidad familiar se separa de los ideales deseados, causando mucho dolor y mucha confusión. Sin duda, esto es más importante que el ideal matrimonial abstracto y, por lo tanto, pide un acercamiento anclado en la compasión y la misericordia.

El mismo documento sinodal preparatorio reconoce que, en ocasiones, «el ideal de la familia se ve como una meta inalcanzable y frustrante, en lugar de ser considerado como una indicación de un camino posible» (IL, 62). A veces, crisis familiar, crisis personal y crisis de fe se entrelazan de manera dolorosa y desconcertante. Esto puede llevar al fracaso, pero estas situaciones también «se pueden transformar en ocasión de fortalecimiento del vínculo conyugal» (IL, 63). El apoyo de otras familias cercanas, de algunas personas que sirvan de referente y de la parroquia como «familia de familias» son factores importantes de sostén en tales momentos.

Más en concreto, el capítulo 3 de la segunda parte del *Instrumentum Laboris* aborda con cierto detalle las principales situaciones pastorales difíciles (IL, 80-120). Se habla de los muy diversos tipos de convivencias no matrimoniales, de las uniones de hecho, de las personas separadas y divorciadas (y específicamente, de los divorciados vueltos a casar), de los hijos de padres separados, de las madres solteras y de otros que pueden ser considerados como «nuevos pobres», de diversas situaciones de irregularidad canónica, de las uniones entre personas del mismo sexo. Se reconoce que en todos estos casos podemos encontrar «historias de gran sufrimiento, así como testimonios de amor sincero» y se recuerda la primacía de la misericordia divina en la pastoral familiar: «lejos de cerrarse en una mirada legalista, tiene la misión de recordar la gran vocación al amor a la que la persona está llamada, y de ayudarla a vivir a la altura de su dignidad» (IL, 80).

Desde aquí, y ampliando un poco la mirada, señalamos tres campos en los que la Iglesia, como comunidad creyente y como parte de la sociedad civil, tiene una responsabilidad específica. En primer lugar, lo referido a la formación y la preparación para el matrimonio; cuestiones abordadas por el *Instrumentum Laboris* en los números 51-56 y 132-157. En segundo lugar, la importancia de «que la familia sea acompañada durante todo el ciclo de su vida», particularmente cuando se viven «situaciones de crisis y de estrés» (IL, 46). Y, finalmente, el fomento de una auténtica y profunda espiritualidad familiar (IL, 58), que se desarrolla en el seno de la comunidad creyente y que puede ser fuente de gran

fecundidad. Para todo ello, es de vital importancia que la Iglesia pueda constituirse como una verdadera comunidad humanizadora, que permita valorar lo auténticamente importante, que sitúe en el centro a la persona, que cuide los ritmos humanos, que fomente el diálogo, que opte por los más débiles... Como suele decir el papa Francisco, es necesario poner en juego permanentemente tres palabras clave que remiten a tres actitudes centrales para la convivencia cotidiana: «por favor, gracias, perdón». La última sección de nuestro número monográfico, que recoge una docena de testimonios diversos, ofrece un panorama de cómo se vive la familia en la actualidad. Damos la voz a parejas recién casadas y a abuelos, a divorciados y familias numerosas, a célibes y viudas, a familias ampliadas y transnacionales, a parejas mixtas y migrantes...

Vivir la familia puede parecer, en ocasiones, menos vistoso que «pensar la familia» o leerla en los libros. Pero es, sin duda, más auténtico, más real, más concreto, más apasionante. Vivir la familia a fondo es, quizá, la principal fuente para apoyar la familia. Y, sin duda, es el criterio básico para comprender la familia. Al mismo tiempo, esta realidad recuerda que todos los esfuerzos para comprender y apoyar la familia deben ir orientados a favorecer que se pueda, con hondura y autenticidad, vivir la familia. Confiamos en que el Sínodo de Obispos sea capaz de recoger, potenciar y estimular esta vida familiar. ■